

La institucionalización de la comunicación como ciencia social en México. Algunos aportes teóricos para su investigación

Raúl Fuentes Navarro*

Introducción

La primera carrera de periodismo a nivel técnico en México se instituyó en 1943 (en la Universidad Femenina); la primera licenciatura (en la ahora llamada Escuela de Periodismo Carlos Septién García) se abrió en 1947; desde 1951, la Universidad Nacional Autónoma de México incluyó un programa de periodismo en su Escuela Nacional (hoy Facultad) de Ciencias Políticas y Sociales; y en 1960 la Universidad Iberoamericana inauguró su licenciatura en Ciencias de la Comunicación (por un tiempo llamada Ciencias y Técnicas de la Información). A partir de esas fechas, el estudio de la comunicación ha transitado un proceso ya relativamente largo de institucionalización académica en México, sobre lo cual trata este trabajo.

Después de 48, 44, 40 ó 31 años, dependiendo de dónde se quiera ubicar la fundación, se imparten estudios de licenciatura (bajo diversas denominaciones) en 92 instituciones de educación superior en el país, con una población estudiantil cercana a los 30 000 alumnos, toda vez que, en los ochenta, se constituyó en una carrera "de moda". En diez de las 92 instituciones se ofrecen además programas de maestría, el más antiguo de los cuales data de 1977; en cambio, todavía no opera ningún doc-

* Coordinador de la maestría en Comunicación del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)

torado. Apenas se reconocen tres centros académicos de investigación y no mucho más de 100 “investigadores” académicos activos en el campo.

Desde un punto de vista teórico, consideramos al proceso de institucionalización como la manifestación más “objetiva” de la constitución de un campo académico, cuando por una parte las instancias del poder social asignan o reconocen un *lugar* específico a la producción y reproducción del conocimiento sobre un área determinada, e, implícita o explícitamente definen la *orientación* y el *sentido* (función social) que el trabajo sobre dicha área, deberá de cumplir para reforzar su *legitimidad*. Este proceso es entonces inseparable, por otra parte, de la *profesionalización* de los sujetos sociales que, dentro de las instituciones establecidas, habrán de ejercer las prácticas académicas (y sociales, en un sentido más amplio, que incluye entre sus aspectos más relevantes las prácticas políticas), y articula, de maneras más o menos “fuertes”, la producción académica con la toma de decisiones referentes, lo cual a su vez contribuye a la legitimación del área del conocimiento (ciencia, disciplina, corriente) de las instituciones y de los sujetos que la practican. En el caso del estudio de la comunicación social en México, hemos encontrado un incipiente y complejo pero claro proceso de legitimación dentro del campo más general de las ciencias sociales, mediante la constitución de una sólida “comunidad académica”, aún *desapercibida* (Fuentes 1991).

Desde el punto de vista “empírico” (referido a nuestro objeto de estudio), analizando el proceso de desarrollo del estudio de la comunicación en nuestro país, hemos sustentado que el campo académico puede caracterizarse por una *desarticulación múltiple* entre las estructuras que lo conforman: por un lado, las prácticas de formación universitaria de profesionales, sobre las cuales se ha concentrado históricamente el proceso de institucionalización, han dependido excesivamente de los patrones impuestos por la “industria cultural”, aunque en términos de ajuste de los profesionales formados en las universidades y los “demandados” por esa industria haya crecientes contradicciones. Por otro lado, desde su origen, el campo *educativo* ha

estado claramente separado del campo *científico*, de manera que la formación profesional y la investigación en el campo han seguido lógicas divergentes: la primera más ligada a una tendencia profesionalizante, reduccionista e inconsistente y la segunda muy sesgada por un ideologismo dogmático y a su modo también reduccionista. Esta situación, que no sólo se presenta en México sino, con sus modalidades, en toda Latinoamérica, ha sido resumida hace poco por Jesús Martín Barbero de la siguiente forma:

El recorrido de estos estudios en América Latina muestra las dificultades que encuentra aún la articulación de lo abordado en la investigación con lo tematizable en la docencia, así como la lenta consolidación en propuestas curriculares de la interacción entre avance teórico y renovación profesional. De otra parte, al no estar integrado por *una* disciplina sino por un conjunto de saberes y prácticas pertenecientes a diversas disciplinas y campos, el estudio de la comunicación presenta dispersión y amalgama, especialmente visible en la relación entre ciencias sociales y adiestramientos técnicos. De ahí la tentación tecnocrática de superar esa amalgama fragmentando el estudio y especializando las prácticas por oficios, siguiendo los requerimientos del mercado laboral. Pero en países como los nuestros, donde la investigación y el trabajo teórico no tiene, salvo honrosas excepciones, espacios de desarrollo institucional fuera de las universidades, ¿dónde situar entonces la tarea de dar forma a las demandas de comunicación que vienen de la sociedad y al diseño de alternativas? (Martín Barbero 1990)

En los análisis sobre las ciencias sociales mexicanas (Meyer *et al.* 1979; Benítez Z. y Silva R. 1984; Benítez Zenteno 1987) no suele considerarse a la comunicación entre éstas. Una excepción, promisoria, ha sido la inclusión de esta "disciplina" en el estudio sobre el *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México* coordinado por Francisco José Paoli (1990) en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la UNAM. En la introducción del libro, Paoli asigna al trabajo sobre la comunicación (Fuentes 1990),

una preocupación central: la justificación de la nueva disciplina. La comunicación social es un fenómeno fundamental de la vida moderna que, para ser adecuadamente explicado, toma elemen-

tos de diversas disciplinas: la sociología, la psicología, la estadística, la lingüística y las tecnologías que se utilizan para la comunicación electrónica, todas ellas se combinan en las estrategias académicas para la formación de los comunicólogos. En esta carrera se percibe muy claramente la necesidad del concurso multidisciplinario en la configuración del currículum, pero sobre todo en la capacitación y adiestramiento de un nuevo tipo de profesionista. De las disciplinas escogidas para este estudio, ésta es la última en aparecer en el escenario de las ciencias sociales, sobre todo si se le considera en su versión moderna, aunque es cierto que hay antecedentes de ella en el entrenamiento de periodistas. Sin embargo, el tipo de comunicólogo que se forma a partir de los sesenta se relaciona claramente con el desarrollo de nuevas teorías y prácticas sociales de comunicación. Las nuevas tecnologías, satélites, las computadoras, la telemática son realidades que tienen que ser incorporadas en la formación de este nuevo tipo de profesionista destinado a la investigación y a la práctica de las comunicaciones en empresas de medios masivos (Paoli 1990: 76).

No obstante, el trabajo de Giovanna Valenti (1990) en el mismo libro, sobre las "tendencias de la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales en México" incluye sólo a la antropología social, la sociología, la ciencia política y la administración pública, aunque las "estadísticas sobre las carreras de ciencias sociales" que cierran la obra, preparadas por Dulce María Liahut (1990), sí consideran a las ciencias de la comunicación.

Hace tres años en el análisis *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México* (Fuentes y Sánchez 1989), centrado por una parte en la intención de proponer un marco que contextualizara y fundamentara adecuadamente nuestra búsqueda en el campo académico, y por otra en la revisión de problemas muy concretos para la realización de la investigación empírica, "de campo", postulamos una *triple marginalidad* de los estudios de comunicación: primera, con respecto a las ciencias sociales, segunda, junto a éstas, con relación a la investigación científica en general; y tercera, de toda la estructura científica entre las prioridades del desarrollo nacional. En el trabajo antes mencionado, sosteníamos que

la naturaleza, orientación y posibilidades de la investigación de la comunicación y en ciencias sociales en general, están determinadas por factores estructurales que van desde el nivel de desarrollo de la formación social analizada hasta factores culturales e ideológicos como la cultura científica general en la sociedad y las ideologías profesionales de la comunidad de investigadores (Fuentes y Sánchez 1989: 12).

Como parte del esfuerzo por determinar las características y las condiciones en que se ha desenvuelto el *campo académico* de la comunicación en México, este trabajo pretende, con el apoyo de conceptualizaciones y análisis sobre el tema que consideramos muy pertinentes a nuestros objetivos, situar tres dimensiones en medio de cuyas *tensiones* se ha desarrollado el proceso de institucionalización de la comunicación como ciencia social en nuestro país. Además de la *crisis de los paradigmas* en las ciencias sociales —abordable desde la epistemología— queremos recurrir a la *dependencia histórico-estructural* de la ciencia latinoamericana desde una perspectiva sociológica, y al proceso de formación de una *ideología profesional* entre los estudiosos académicos de la comunicación, enfatizando los procesos de producción de sentido desde un enfoque de la comunicación como práctica sociocultural.

Tensiones epistemológicas

El debate sobre la naturaleza, posibilidades y límites de la generación de conocimiento *científico* sobre el mundo social, cultural y humano, es tan antiguo como el pensamiento sistemático, que a partir del conocimiento sobre el mundo físico, natural, biológico, ha tendido tanto a la unificación como a la desagregación entre las esferas del conocimiento filosófico, histórico y científico-tecnológico.

Las bases para el desarrollo contemporáneo de las ciencias sociales, siempre en tensión con las naturales, la filosofía y la historia, fueron puestas en el siglo XIX. Las transformaciones socioculturales que trajo consigo la evolución del orden capitalista europeo son, al mismo tiempo, el origen de la necesidad de

nuevos enfoques sobre nuevos objetos de estudio y el marco que a su vez engloba e impulsa la emergencia de las ciencias sociales tal como las conocemos hoy. Muchos factores son los que hay que tomar en cuenta para contextualizar históricamente nuestros campos de conocimiento: la industrialización, el desarrollo tecnológico, el secularismo, las guerras mundiales, y luego las de "baja intensidad", las revoluciones sociales, la guerrilla, el terrorismo y la expansión de todas estas tendencias de los centros capitalistas occidentales de Europa y Norteamérica al resto del mundo...

El siglo XX ha presenciado una *explosión* de las ciencias sociales, que en un resumen muy breve presenta las siguientes características: una rápida expansión por todo el mundo, sobre todo mediante las universidades; una fuerte tendencia hacia la especialización o fragmentación siguiendo el trayecto recorrido por las ciencias físicas y biológicas; desde la segunda Guerra Mundial, una contratendencia igualmente fuerte orientada hacia la colaboración interdisciplinaria y la "unidad de la ciencia"; un alto grado de profesionalización, no sólo en los ámbitos académicos, sino también mediante las *aplicaciones prácticas* en las esferas gubernamentales e industriales; un apoyo prioritario a la investigación, a través de la creación, financiamiento y apoyo a institutos y proyectos. Todo esto, en los países centrales del mundo capitalista.

En cuanto a sus procesos constitutivos *internos* en las ciencias sociales siempre ha prevalecido una gran diversidad de enfoques, procedimientos y posturas tanto epistemológicas como metodológicas. Sin embargo, a partir de la Segunda Guerra Mundial, los postulados de la filosofía de la ciencia natural se hicieron predominantes sobre otras tradiciones filosóficas más antiguas, comenzando por el axioma de que no hay diferencias lógicas fundamentales entre las ciencias naturales y las sociales. Giddens y Turner plantean el proceso con mucha claridad:

Estos puntos de vista generalmente estaban influidos por el empirismo lógico-filosófico. Diversos autores a los que suele asociarse con esta perspectiva desarrollaron determinadas interpretaciones del carácter de la ciencia que, a pesar de la imprecisión de esa etiqueta, tenían algunos elementos comunes: todos

ellos sospechaban de la metafísica, deseaban definir con nitidez qué era lo que había que considerar científico, insistían en la verificabilidad de los conceptos y proposiciones, y tenían cierta inclinación a construir teorías de corte hipotético-deductivo. (...)

Por lo general, el empirismo lógico no era considerado una particular filosofía de la ciencia con hipótesis potencialmente cuestionables, sino un modelo incontrovertible de la ciencia. Las cuestiones relativas a la "interpretación" se reprimieron en dos aspectos. Por un lado, la ciencia natural no se consideraba una empresa interpretativa en ningún sentido fundamental, pues se suponía que su objetivo primordial era la formulación de leyes o sistemas de leyes; por otro, el significado de las teorías y conceptos se consideraba directamente vinculado a las observaciones empíricas. Desde este punto de vista las ciencias sociales eran esencialmente no interpretativas, incluso aunque su objeto gire en torno a procesos interpretativos de la cultura y la comunicación (Giddens y Turner 1991: 10).

El estudio de la comunicación social nació precisamente en este entorno. Las investigaciones desarrolladas desde los años veinte en Estados Unidos fueron sistematizadas teóricamente sólo a partir de los años cincuenta, sobre la base de la *Teoría matemática de la comunicación* (1948) de Claude Shannon y la *Cibernética* (1948) de Norbert Wiener (Wolf 1987: 127; Rodrigo 1989: 36-43). El desarrollo de la "corriente dominante" (sociológica-funcionalista) en la *communications research*, importada directamente a los países latinoamericanos junto con los sistemas de comunicación "de masas" implantados al estilo estadounidense, debe entenderse tanto epistemológica como sociológicamente, dentro del contexto científico-social dominado por el empirismo lógico. Pero Giddens y Turner señalan el estado epistemológico actual de las ciencias sociales, en transición o crisis, apuntando que

...a lo largo de las últimas dos décadas ha tenido lugar un cambio espectacular. Dentro de la filosofía de la ciencia natural, el dominio del empirismo lógico ha declinado ante los ataques de escritores tales como Kuhn, Toulmin, Lakatos y Hesse. En su lugar ha surgido una "nueva filosofía de la ciencia" que desecha muchos supuestos de los puntos de vista precedentes. Resu-

miendo decididamente esta nueva concepción, en ella se rechaza la idea de que puede haber observaciones teóricamente neutrales; ya no se canonizan como ideal supremo de la investigación científica los sistemas de leyes conectadas de forma deductiva; pero lo más importante es que la ciencia se considera una empresa interpretativa, de modo que los problemas de significado, comunicación y traducción adquieren una relevancia inmediata para las teorías científicas. Estos desarrollos de la filosofía de la ciencia natural han influido inevitablemente en el pensamiento de la ciencia social, al tiempo que han acentuado el creciente desencanto respecto a las teorías dominantes en la "corriente principal" de la ciencia social. El resultado de tales cambios ha sido la proliferación de enfoques del pensamiento teórico (Giddens y Turner 1991: 11).

En términos más generales, se puede constatar así la emergencia, obligada por el devenir de las mismas ciencias sociales y de sus objetos de estudio, de nuevas maneras de entender y de ejercer el pensamiento sobre lo social o sociocultural. El estudio de la comunicación, independientemente de los enfoques disciplinarios, ha contribuido en mucho, entre otras cosas, a la ruptura del paradigma positivista (Habermas 1989). Visto el proceso desde la perspectiva latinoamericana, probablemente pudiera verificarse que, por caminos más relacionados con la *necesidad histórica* que con la *reflexión epistemológica*, las ciencias sociales y de la comunicación en América Latina se han adelantado a los movimientos señalados por Giddens y Turner, aunque la mayor parte del discurso siga aferrado a los argumentos que hubieran podido ser válidos hace veinte o treinta años para demoler "el funcionalismo" o plantear alternativas teórico metodológicas con base en influencias europeas y con vistas a la transformación sociocultural del entorno inmediato.

En un trabajo reciente, dedicado a revisar "la epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento", el investigador español Manuel Martín Serrano (1990) analiza las condiciones histórico políticas por las cuales el proyecto cibernético de Norbert Wiener, "la más reciente pretensión de aplicar una y la misma racionalidad a las cosas y a las ideas, a lo natural y a lo social", fue circunscrito "al uso instrumental de los métodos y los modelos", desviando así la "corriente domi-

nante” de la *communications research* hacia los medios y no hacia las relaciones sociales, y disociando la teoría de la comunicación, convirtiendo su estudio en

un repertorio de programas: destinados al manejo específico de tales o cuales informaciones que se requieren para controlar los procesos de gestión y de producción, a la aplicación de tal o cual estrategia de comunicación conveniente para lograr la disposición deseada en esta o aquella colectividad.

La postura de Martín Serrano, que relaciona todo este proceso a los usos sociales de la comunicación que desencadenó el establecimiento del valor de cambio de la información, es claramente crítica:

El rechazo al razonamiento que se pregunta por la conexión entre las cosas, los comportamientos y las ideas ha sido siempre política reaccionaria. En el tiempo que ahora nos ocupa y que todavía corre, se manifiesta en una activa campaña contra toda teoría, sea “conservadora” o “progresista”, que persista en el empeño de pensar la diversidad del mundo desde la unicidad de la razón. El nuevo irracionalismo se alinea con el liberalismo más puro y duro. El procedimiento para llevar a cabo este desarme teórico y axiológico ha sido el siguiente:

a) Se escinde el análisis de las prácticas comunicativas. Por una parte se proponen unas “teorías” para aquellas actividades en las que la información se utiliza para incrementar la productividad o como producto; por otra parte se escamotea la teoría para el estudio de aquellas otras en las que la comunicación se implica en el cambio o la reproducción social.

b) El análisis de la comunicación así escindido y reducido al saber instrumental se descontextualiza respecto al análisis de las demás prácticas sociales (Martín Serrano 1990: 71).

Martín Serrano identifica esta disociación e instrumentalización de la teoría de la comunicación, en los años recientes, con la “reaccionaria... teoría postmoderna (*sic*), una de las propuestas más cínicas y manipuladoras que han aparecido desde el malthusianismo”. Una de las consecuencias centrales de dicha dislocación, para los propósitos de este trabajo, es que el estudio de la comunicación no sólo es alejado de la constitución de su propia base teórica y epistemológica, sino que por

ende es reducido a un mero conjunto de técnicas, instrumentales y subsidiarias; en todo caso no sólo a las prácticas sociales de los agentes del poder, sino también a los métodos y los conceptos de las ciencias sociales "legítimas" como la antropología, la sociología, la economía o la ciencia política.

La escisión en el análisis de las prácticas comunicativas orienta la investigación y la docencia hacia aquellos aspectos de la comunicación que permiten un uso directa o indirectamente relacionado con la productividad. La rama que se quisiera podar con esta política, y que algunos suponen que ya se ha secado, soporta el estudio de las prácticas comunicativas que afectan al cambio y la reproducción social. (...)

En realidad, esta negación de la autonomía de la comunicación como factor de cambio y reproducción social es una propuesta para aquellos países a los que se trata como súbditos, no para los socios. Se difunde desde EEUU (*sic*) para Latinoamérica, y supongo que se considera impropio, e incluso impertinente, airear semejante análisis en los países de la Comunidad Europea. Se trata de acallar a quienes tanto ruido hicieron con el Informe MacBride, convenciéndoles de que la penetración multinacional en la producción y distribución de la comunicación es un fenómeno ajeno a la dominación. En última instancia, se pretende que la comunicación que tiene un valor de cambio se regule con las reglas, evidentemente desiguales, que rigen el mercado internacional; y que la comunicación que tiene una función de dominio se gestione como un aspecto de las políticas de Estado, cada vez más vinculadas con los aparatos policia-co-propagandísticos (*Ibid.*: 73).

Pero más allá de las "estrategias" posmodernas, y en conjunción con la argumentación central, la consideración de la situación latinoamericana es sugerida, aunque lamentablemente no desarrollada, por Martín Serrano:

La historia que he tratado de interpretar, relativa a los avatares que han afectado el estado de la epistemología de la comunicación, es en realidad la mitad de la historia. Para ser más exactos, se localiza en la parte del mundo donde hay países desarrollados con economía de mercado.

En los países dependientes los requerimientos políticos y económicos encauzaron la reflexión epistemológica hacia otros

rumbos, no por poco difundidos menos interesantes. Allí se está viviendo con dramatismo el fracaso de unas propuestas teóricas, a la vez deterministas e idealistas, que presentaron como alternativa al control internacional de la comunicación las “políticas nacionales de comunicación”. (...) Estas líneas son necesarias para dejar constancia de otra aventura teórica, requerida para entender cómo la comunicación se relaciona con la identidad nacional y con la resistencia a la transculturización (*Ibid.*: 74).

De este artículo del líder de la escuela de Madrid, tomamos como aportación directa a nuestro estudio el planteamiento de dos cuestiones centrales: por un lado *al nivel de la constitución epistemológica* de una teoría de la comunicación, la oposición operante entre la racionalidad científica y los usos instrumentales del conocimiento. Para Martín Serrano lo mismo

pasó cuando la dialéctica se atrevió a poner en relación las bases materiales de la sociedad con su organización y con sus valores y cuando el estructuralismo se permitió relacionar los modelos lógicos, psicológicos, narrativos y de parentesco. En todo caso, intentar eliminar la reflexión sobre la totalidad es tan inútil como ponerle bardas al campo (*Ibid.*: 74).

Por otro lado, *al nivel de las prácticas*, la oposición entre una ciencia desarrollada e instrumentalizada en un determinado contexto histórico, con pretensiones hegemónicas universales, y la necesidad de un conocimiento y una “intervención transformadora” sobre la comunicación, pertinente al contexto histórico vigente en Latinoamérica.

Aquí hemos de recordar que la generación de conocimiento científico sobre los fenómenos sociales y la acción política para transformar esos mismos fenómenos son trabajos cuya tensión cruza de manera central la historia contemporánea de las ciencias sociales y del estudio de la comunicación, de una forma especialmente notable en América Latina. Esta tensión, nunca en definitiva resuelta y por ello uno de los principales impulsores del desarrollo del campo, quedó claramente establecida como centro del debate en la década de los setenta, y tuvo un impacto muy fuerte en la formación de los investigadores mexicanos de la comunicación.

Creemos que generar conocimiento y transformar la sociedad son proyectos cuya realización exige la recurrencia a principios de acción distintos, y muchas veces opuestos; los factores básicos para la organización del trabajo y para la definición de las operaciones que conduzcan hacia objetivos de uno u otro género suponen lógicas diversas, difícilmente conciliables; los sujetos que realicen dichos proyectos a través de esos trabajos, adquieren identidades sociales distintas y, por supuesto, el proceso de institucionalización queda diferencialmente determinado en uno u otro caso. El marxismo en sus múltiples versiones planteó el problema y sugirió caminos para articular en un proyecto histórico consistente los procesos evolutivos del conocimiento y la estructura social. En el estudio latinoamericano de la comunicación, esta articulación teórico-práctica ha sido crucial, tanto cuando ha sido postulada como cuando ha sido eludida, y ha sido al mismo tiempo impulsor y obstáculo para la institucionalización y la profesionalización de los investigadores, por lo que su abordaje crítico es inaplazable. De un artículo de Jorge Graciarena publicado en 1979, extraemos algunos planteamientos que creemos útiles para contextualizar adecuadamente el problema.

Recién hacia la mitad del siglo XIX las ciencias sociales adquirieron todas las características de cuerpos de conocimiento que han cortado definitivamente su cordón umbilical con la teología, desprendiéndose, de esta manera, de una cosmovisión que fue decisiva en sus desarrollos anteriores, en que todo conocimiento sobre el hombre y el mundo estaba relacionado con el cielo y la tierra. La secularización del conocimiento fue, así, el prerrequisito fundamental para la constitución del pensamiento social como ciencia concreta.

En este proceso formativo hay algunos aspectos que conviene tener presente (*sic*). Los fundadores de las ciencias sociales fueron, sin excepción, científicos que procuraban un conocimiento objetivo y lógicamente riguroso de la realidad social, e ideólogos que pensaban y actuaban en una etapa histórica y dentro de una cultura determinada, al mismo tiempo que pertenecían y representaban a grupos y sectores de clases sociales (que declinaban o surgían, hegemónicas o sometidas) cuyos

intereses e ideales interpretaron y promovieron vigorosamente como intelectuales.

Por eso hubo una fusión originaria entre teoría social, doctrina e ideología, en la cual el conocimiento aparecía inseparablemente vinculado a (y en gran medida dependiente de) formulaciones políticas y programas de acción. En verdad y desde la doctrina de la “mano invisible” de Adam Smith hasta Marx y Engels pasando por Bentham, Saint Simon, Comte y John Stuart Mill, nos encontramos con un pensamiento social en que, más aún, aparecen estrechamente relacionadas: teoría social y ética secular; pensamiento científico e ideología, disposición para comprender el mundo del hombre y la sociedad y modelos intelectuales para transformarlo y mejorarlo; realidad concreta y utopía. (...)

Hacia fines del siglo pasado comienza un proceso que ha continuado hasta ahora y que transformó profundamente el sentido original de las ciencias sociales. Me refiero a aquel por el que éstas fueron incorporadas a las universidades y se convirtieron en dos cosas vinculadas: en disciplinas académicas, por un lado; en profesiones liberales o burocráticas, por el otro. Para poder explorar someramente este proceso es necesario tener presente que las ciencias sociales originarias surgieron fuera de las universidades y que fueron pocos entre sus fundadores quienes tuvieron alguna relación con la doctrina superior. (...)

Los grandes científicos sociales que comenzaron a producir en las últimas décadas del siglo XIX y que continúan trabajando en el presente son ya, sin excepción, universitarios y cada uno de ellos está interesado —y así lo profesa— en un campo de preocupaciones intelectuales y sociales bastante más limitado que sus predecesores. Ya son pocos los que —como Pareto, Max Weber y Parsons— intentan construir vastos sistemas intelectuales que incluyan los principales aspectos de la vida social. Aún así, estos sistemas no llegan a tener la inclusividad y el carácter comprensivo de los diseñados por Comte, Marx o Spencer ni, menos aún, sus manifiestas connotaciones ideológicas. El hecho más importante es que, desde entonces, la gran mayoría de los científicos sociales trabajan en campos especializados, bien especificados y delimitados (Graciarena 1979: 99; 101).

La triple tendencia hacia la *especialización*, la *institucionalización académica* y la *profesionalización* ha estado presen-

te, sin duda, como preocupación, como proyecto y en algún sentido también como obstáculo, en el estudio de la comunicación en América Latina. Estas tendencias que Graciarena propone como condicionantes históricas de las ciencias sociales en general y de la desarticulación teórico-práctica, pueden ayudar a contextualizar mejor las concreciones de la tensión entre producción de conocimiento y transformación social en el campo de la comunicación en México, complementando con un alto grado de coincidencia en el planteamiento, el texto de Martín Serrano:

Una derivación secundaria que tiene la conversión de las ciencias sociales en disciplinas académicas es su tendencia a especializarse y dividirse continuamente. Esto es, en un sentido, consecuencia de su incorporación a los currícula de las carreras académicas, la cual produce una segmentación que es a menudo arbitraria y está guiada por razones no intelectuales, principalmente burocráticas o pedagógicas. Proliferan así las disciplinas especiales que se tratan de convertir en ciencias autónomas y que tienen éxito en algunos casos, pues primero ganan el reconocimiento de las instancias académicas y, después, el del público. En otro sentido, se nota una tendencia de las ciencias sociales tradicionales a segregarse y apartarse unas de otras, la cual se manifiesta principalmente en la incomunicación que se produce entre ellas. (...)

La emergencia de las disciplinas a partir de las ciencias sociales clásicas es la consecuencia de un proceso de raíces muy diferentes del que dió lugar a éstas (*sic*). En rigor, las ciencias sociales fueron el resultado de la sedimentación de tradiciones y desarrollos intelectuales muy antiguos, que tienen troncos comunes, pero que siguieron vías separadas. Las disciplinas se formaron de otra manera. En realidad, fueron la consecuencia de varios procesos, algunos ya indicados, y corresponden a la institucionalización de las ciencias sociales, que se realiza en condiciones que implicaron presiones diversas y compromisos con requerimientos burocráticos, de currícula, personales y sociales. (...)

Es claro que no fue sólo la incorporación académica de las ciencias sociales lo que produjo esta diáspora que ahora las divide y que parcializa sus objetos de conocimiento. Sin duda, tanto o más importante que todo esto han sido ciertos desarrollos

históricos y sociales que requerían un nuevo tipo de ciencia y de conocimiento social más adecuado a la nueva etapa en que entró la sociedad capitalista industrial europea hacia fines del siglo pasado (Graciarena 1979: 101-102).

Al retomar de Graciarena esta *doble determinación* histórica y social de las ciencias sociales, puede señalarse que, evidentemente, las condiciones del desarrollo del capitalismo en América Latina no corresponden a las de los países industrializados, y que los modelos de ciencia, de academia y de profesión universitaria importados a nuestros países se ubican, de entrada, en posiciones estructurales más *contradictorias e inconsistentes* que en sus lugares de origen. Además, en el estudio de la comunicación, esta tensión incluye también la heterogeneidad de sus fuentes fundadoras: proviene tanto de aportes de especialistas en comunicación como de otros científicos sociales, de adscripciones *disciplinarias* muy diversas y ha surgido de proyectos tanto académicos (institucionalizados de distintas maneras) como políticos (inscritos en aparatos gubernamentales y en organizaciones opositoras).

Si el problema epistemológico es difícil de elucidar —en las condiciones concretas del estudio latinoamericano de la comunicación—, las determinaciones socioculturales de la tensión conocimiento-transformación son aún más complejas. Por ahora las señalaremos solamente, para centrarnos en lo que tiene que ver con el proceso de institucionalización en México.

La doble tensión de la dependencia

En su ensayo sobre “Sociedad y ciencia social en latinoamérica”, Antonio Murga y Guillermo Boils (1979), postulan que la institucionalización y consolidación de la ciencia social en los países latinoamericanos es un hecho reciente. A propósito citan la evaluación que hace el norteamericano R. Beals, a finales de los cuarenta:

En América Latina las ciencias sociales pasan por una etapa crítica; no sólo se pone en duda, en algunos países, la existencia misma de dichas ciencias, sino que su carácter futuro resulta

incierto. Hasta hace poco las ciencias sociales sudamericanas se desarrollaban casi totalmente según la tradición europea del siglo XIX; esto sigue siendo válido en lo referente a algunos países y para ciertas disciplinas. Las zonas conocidas en Estados Unidos con el nombre de ciencias sociales no eran consideradas ciencias, sino más bien una división de las humanidades y la filosofía... La necesidad de educación técnica y de comprensión de los métodos de investigación es, en general, poco reconocida, y casi cualquier hombre educado, con inclinaciones hacia el pensamiento filosófico o teórico, se considera competente en el campo de las ciencias sociales y existe un muy escaso incentivo para que los individuos obtengan la adecuada educación técnica (Beals 1950: 1).

Sin embargo, en los años cincuenta el panorama empezó a cambiar. Siguiendo a Gino Germani (1964), L. Costa Pinto (1968) y Eliseo Verón (1974), Murga y Boils señalan que, específicamente en la sociología

apareció un nuevo tipo de *científico social*, definido por su formación en escuelas universitarias especializadas, dedicado de manera exclusiva a la práctica de su disciplina y en íntimo contacto con el desarrollo científico de los centros más avanzados de los países industriales (Murga y Boils 1979: 10).

Así se organizó un ámbito académico-profesional que a través de la validación de las reglas del "método científico" para el estudio de la realidad social estableció las bases para el tránsito de una ciencia social "tradicional" a otra "moderna", o lo que es lo mismo, se pasó de los estudios predominantemente filosóficos "que se prestaban magníficamente a toda clase de simulaciones" y, sobre todo, a "los racionalismos de diverso origen (que) ofrecían una excelente oportunidad para ocultar detrás de un torrente de palabras el más absoluto vacío en cuanto a ideas y conocimientos", a otros de tipo diferente: los estudios "científicos" caracterizados por "la incorporación de las orientaciones teóricas y metodológicas de la sociología contemporánea" a la vez que por el desarrollo de la investigación empírica. Estos cambios referidos principalmente a la sociología parecen, sin embargo, formar parte también de una pauta más amplia y general que abarca a la ciencia social en su conjunto (*Ibid.*: 10-11).

La visión del sociólogo mexicano Pablo González Casanova coincide en que, en los años cincuenta:

(...) hubo un cambio de estilo, en que se percibe un fraseo más corto, una disminución en el uso de los adjetivos, y formas menos enfáticas de expresión. Hubo hasta un cambio de lenguaje, la apropiación de un lenguaje numérico y matemático, poco frecuente entre los humanistas clásicos y modernos. Surgió también la perspectiva de los problemas pequeños y las entidades analíticas cuantificables. Las grandes entidades dejaron de estar de moda y también las complejas instituciones concretas. Se descubrió este tipo de abstracción propia de las ciencias naturales, que les permite extraer tendencias y leyes en contextos específicos, relativos. Se abandonó el racionalismo, que no tiene como modelo de perfección y paradigma el experimento. En este camino no sólo se sometió a una sana campaña de desprestigio a la sociología retórica, a la que se llamó peyorativamente intuitiva, sino que se exaltó la vuelta al campo y al trabajo "en el terreno". Las técnicas de investigación y análisis fueron objeto de grandes esfuerzos. Entre aquellas empezó a dominar la cédula de entrevista y el cuestionario con los problemas de vinculación al cuadro teórico, al sistema de hipótesis y a las pruebas en el campo para su corrección y perfeccionamiento (González Casanova 1973).

Mientras estos cambios sucedían en la sociología latinoamericana, y las ciencias sociales comenzaban a ser influidas por la orientación *desarrollista* de la Comisión Económica de América Latina (CEPAL), las investigaciones empíricas sobre la comunicación eran realizadas principalmente por estadounidenses en tanto que entre los latinoamericanos seguía predominando el viejo estilo doctrinario, cuya herencia permanece hasta la fecha en muchos estudios sobre la comunicación.

El llamado "pensamiento de la CEPAL", que fue el primero en abordar el diagnóstico sobre las causas del subdesarrollo latinoamericano a escala continental, desbordó el campo económico y contribuyó a la orientación de las ciencias sociales en general hacia la explicación y simultáneamente a la superación de las condiciones del subdesarrollo. Paoli subraya que:

La influencia de la CEPAL, que no se circunscribe al campo de la economía, es muy clara en los años cincuenta. Este organismo

trata de ubicar la problemática social en un contexto latinoamericano —ése es su acierto— y desde una cierta concepción del desarrollo —allí está su limitación—. La estrategia anterior, que se presenta como una posición relativamente aséptica y objetiva, se explica en gran medida por desarrollarse en un organismo internacional dependiente de las Naciones Unidas. La influencia cepalina induce a plantear los problemas sociales como problemas del “subdesarrollo” que hay que superar con diversas acciones y estrategias. No aparece todavía en la investigación, en forma consistente, la necesidad de plantear las demandas de los grupos dominados. En las ciencias sociales no penetraba todavía el análisis de clase; esto se produciría más adelante. En los cincuenta, los problemas sociales son vistos frecuentemente como expresiones de “atraso” (Paoli 1990: 67).

En los años cincuenta la preocupación principal, tanto de los científicos sociales latinoamericanos como de muchos gobiernos (populistas) se centró en la problemática del desarrollo. A ello contribuyeron diversos factores endógenos, pero también, sin duda, la emergencia de Estados Unidos como potencia hegemónica hemisférica después de la Segunda Guerra Mundial, el éxito del Plan Marshall para la reconstrucción europea, el establecimiento de la Guerra Fría y la recomposición bipolar del orden económico y político mundial. En este contexto se desarrollaron distintas corrientes de pensamiento y planificación social en América Latina, que no obstante sus divergentes concepciones teórico-metodológicas y políticas, coinciden en el énfasis sobre el cambio social y el desarrollo, procesos dentro de los cuales se dio enorme importancia a la comunicación. Murga y Boils resumen de la siguiente manera el estado de la cuestión en las ciencias sociales latinoamericanas a mediados del siglo:

Los análisis acerca del desarrollo, los avances, las problemáticas, los estilos de investigación, las tendencias, etcétera, de la ciencia social en Latinoamérica tienden a converger hacia una imagen que relaciona estrechamente la producción científica con la forma particular que ha asumido el proceso social en nuestros países. (...)

En tal perspectiva, se ha destacado que durante la década de los cincuenta, paralelamente al auge económico-industrial de una

serie de países de la región, se abrieron nuevas perspectivas para la ciencia social, la cual se comienza a desarrollar en torno a la *teoría desarrollista*, preocupada por el análisis de los obstáculos impuestos por las estructuras arcaicas y por los medios para alcanzar las metas del desarrollo. La correspondencia entre este tipo de preocupaciones y el proceso social descansaba en los supuestos implícitos del nuevo modelo planteado por el Estado y la nueva burguesía dominante: la sociedad capitalista desarrollada entendida, de acuerdo con la concepción lineal del “progreso”, como el destino final de todas las sociedades.

Entendido el desarrollo como la transición de una sociedad “tradicional” a otra “moderna”, se creyó que el proceso consistía en llevar a cabo e incluso reproducir las diversas etapas que caracterizaron las transformaciones sociales de los ahora “países industrial-desarrollados”. Bajo esa perspectiva teórica, las problemáticas centrales no podían ser otras que aquellas referidas de la modernización. Se justificaba y legitimaba así la llamada *sociología del desarrollo* o *sociología del cambio social*, adaptación para uso de latinoamericanos del estructural-funcionalismo predominante en los Estados Unidos (*sic*), que va a dominar el terreno de la investigación social latinoamericana durante la década de los cincuenta y parte de los sesenta (Murga y Boils 1979: 14-15).

En este nuevo contexto, tanto histórico-social como científico-político, habrían de comenzar a desarrollarse investigaciones de la comunicación alrededor del papel de los medios masivos, ya no sólo la prensa sino también la radio, la televisión y otros, en los procesos de modernización de América Latina. Y es éste precisamente, el contexto en el cual se comienza a institucionalizar el estudio de la comunicación en México.

Si se analiza primero la adopción (en los cincuenta) y luego el rechazo (en los setenta) de los modelos norteamericanos de la teoría social y las políticas de desarrollo asociadas a ella, puede explicarse de una manera mucho más sólida la institucionalización del estudio de la comunicación, que depende fundamentalmente de movimientos y decisiones que, sin tener directamente qué ver con el trabajo académico o con la comunicación misma, les “asignan un lugar” en función de factores de alcance mucho más amplio. Javier Elguea (1989)

sintetiza el proceso, simultáneamente histórico y científico, en su “reconstrucción racional” de las teorías del desarrollo social en América Latina:

Para comprender la movilización masiva de recursos asignados al desarrollo nacional en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, es preciso tener en mente dos factores: el primero, el interés predominante fuera de los Estados Unidos por el crecimiento y la ocupación plena (en parte, el resultado del deseo de prevenir la repetición de la catastrófica depresión mundial que siguió a la primera guerra); el segundo, la guerra fría (*sic*) y su división del mundo en el marco de una rivalidad este-oeste, lo que proporcionó a las dos potencias correspondientes un gran impulso para ayudar a las naciones “en vías de desarrollo”.

Esta movilización no sólo fue militar, política y económica, sino también científica. Gran parte del esfuerzo realizado en las ciencias sociales después de la guerra se ha centrado en la descripción, análisis, explicación, predicción y orientación de los aspectos sociales, políticos y económicos del proceso de desarrollo nacional. Este esfuerzo ha dado lugar al nacimiento de un nuevo campo de estudio: el de las teorías del desarrollo de las sociedades.

Casi desde su aparición, este campo se ha caracterizado por la presencia y el antagonismo de marcos conceptuales de estudio. En las tres últimas décadas, los frenéticos debates han tratado de decidir cómo se debería definir y analizar el “desarrollo nacional”, qué significa ser un país “desarrollado” o “subdesarrollado”, cuáles son las causas del subdesarrollo y cómo puede evolucionar una nación hacia una posición política y socioeconómica más elevada.

La teoría de la modernización y la de la dependencia han sido dos de los principales marcos conceptuales en el campo. El trabajo desempeñado en el primero no sólo ha variado en tamaño y complejidad, sino también en su enfoque: cambio social, urbanización e industrialización, el papel de los medios de comunicación masiva, participación política, educación, etc. Por algún tiempo, la modernización ha sido la teoría predominante entre las teorías del desarrollo; ha ejercido una gran influencia en la investigación científica, así como en la formu-

lación de políticas y toma de decisiones, en la planeación educativa y las campañas de servicios públicos.

Recientemente, se ha podido observar un desencanto creciente frente a la modernización y una búsqueda de teorías alternativas. Sus explicaciones y descripciones son falsas o están incompletas, y su falta de consideraciones estructurales e históricas, tanto como su etnocentrismo, han sido el blanco de un ataque generalizado. Su fracaso se hizo patente, al menos en forma parcial, dados los pobres resultados en cuanto al mejoramiento de la "calidad de vida" de los países del Tercer Mundo en los que se aplicó esta teoría.

La teoría de la dependencia es una de las principales respuestas teóricas a las anomalías de la teoría de la modernización. Su esfuerzo se concentra en la elucidación de aquellos aspectos del desarrollo que la modernización no ha logrado explicar, por lo que, en este sentido, la teoría de la dependencia es un rival teórico de la modernización.

Al parecer, existen todavía varios enfoques del subdesarrollo dentro del marco conceptual de la dependencia, y sus virtudes heurísticas, teóricas y científicas siguen siendo objeto de intensos debates. Sin embargo, también ha tenido consecuencias de gran peso en la concepción del desarrollo dentro de las teorías del desarrollo. Asimismo, ha significado un fuerte impacto en las naciones en desarrollo en lo que se refirió a la formulación de políticas y toma de decisiones, educación, medios de comunicación masiva y ayuda externa.

Tanto la modernización como la dependencia han sufrido transformaciones durante la década de los ochenta que las han refinado y mejorado. De la misma forma, la década anterior y la actual han sido testigos del surgimiento de marcos teóricos alternativos que han contribuido con explicaciones novedosas al estudio y comprensión de los fenómenos de desarrollo y subdesarrollo en América Latina. Ejemplos de estas teorías emergentes son: el corporativismo, el autoritarismo burocrático y el análisis de los modos de producción.

Después de más de 30 años de interés por el desarrollo, es importante evaluar y reconsiderar adónde nos ha llevado el estudio de este tema. Es preciso describir, en términos del desarrollo del conocimiento científico, cuál es el saldo resultante de la rivalidad teórica entre los distintos marcos conceptuales

y determinar qué es lo que la historia de dicha rivalidad nos puede enseñar acerca de la naturaleza de las ciencias sociales (Elguea 1989: 13-14).

Los procesos científicos, en tanto prácticas sociales históricamente determinadas, no pueden reducirse a la simple acumulación lineal, menos aún si se trata de las ciencias sociales y si estos procesos se ubican en espacios tan heterogéneos y desestructurados como los latinoamericanos. No es fácil explicar la relación entre las teorías de la modernización y de la dependencia como si fueran entes estáticos u opuestos armónicos. La evolución de ambas en América Latina, entre otras visiones menos extendidas o reconocidas, es un marco indispensable para entender la institucionalización del estudio de la comunicación. Murga y Boils ofrecen una nueva aportación en este sentido:

La década de los sesenta es, sin duda, importante en el desarrollo del análisis social latinoamericano porque, paralelamente al agotamiento de las posibilidades dinámicas del proceso industrial, el fracaso de las políticas de cambio y la aparición definitiva de una clara situación de crisis social, comenzaron a dibujarse también los síntomas de una crisis teórica. (...)

El cuestionamiento y reformulación teórica del desarrollismo "cepalino" y de la sociología del desarrollo se explican también por la presencia de otros tres factores de singular importancia: la Revolución Cubana, la creciente heterogeneidad teórico ideológica y el Plan Camelot.

Respecto del primero se ha dicho que la Revolución Cubana contribuyó sobremedida entre algunos sectores a la "toma de conciencia sobre las condiciones en que se procesaba el desarrollo latinoamericano" y "la necesidad de utilizar todos los recursos disponibles para promover los cambios que se consideraran necesarios para superar el estancamiento, la dependencia y la desigualdad" [Graciarena 1970]. Se trataba, pues, de elaborar diagnósticos más precisos de la crisis, así como de delinear e instrumentar diversos tipos de acción social para su superación. (...)

El segundo factor se refiere a la descomposición interna de la comunidad académica que, expresada en términos teóricos, hizo

saltar las frágiles defensas que legitimaban y racionalizaban las bases científicas e ideológicas de la práctica científica dominante, obligando a buscar nuevos principios de fundamentación.(...)

Finalmente, en medio de esta crisis teórica, estalla el escándalo del llamado Plan Camelot, que deteriora definitivamente la imagen del estructural-funcionalismo norteamericano, visualizado en su versión latinoamericana como el instrumento ideológico del imperialismo. Así, el Plan Camelot, “encaminado a descubrir las causas de la guerra interna en Latinoamérica” y los medios para evitarla (Galtung 1968), acabó más bien arrasando a su crisis y descrédito total a la práctica científica que ellos mismo —los “científicos” del seno imperialista— habían contribuido a establecer, consolidar y expandir en nuestros países. Al grado que llegó a ser frecuente “el rechazo de la literatura sociológica norteamericana y con ella de un estilo que se asoció muy de cerca con los desarrollos recientes de la sociología en América Latina” [Graciarena 1970] (Murga y Boils 1979: 19-22).

Si bien en realidad la carga ideológica (en el sentido político) no había estado nunca ausente en el estudio de lo social en América Latina, es a partir de los años sesenta cuando se constituyó en una dimensión crucial del debate científico, al oponerse a los valores de “neutralidad, objetividad e imparcialidad” de la ciencia social importada de Estados Unidos, en medio de las luchas revolucionarias y de que la Revolución cubana abrió los horizontes del cambio *posible*, pero también en medio de las estrategias continentales de contrainsurgencia, de la represión, y en muchos países, de los golpes de estado militares.

Desde el punto de vista estrictamente “científico”, que ciertamente no fue el único, ni el que más influyó en los “cambios de marco” que se produjeron para el estudio de la comunicación en América Latina en los sesenta, el proceso de las ciencias sociales es nuevamente sintetizado con claridad por Murga y Boils en 1979:

Un balance de la bibliografía producida a partir de la segunda mitad de la década pasada demuestra la presencia de una corriente intelectual que, orientada por un cuadro teórico común (la dependencia estructural) y preocupada por una problemática

común (la crisis del capitalismo dependiente latinoamericano), ha producido un corte significativo entre la temática pretérita y la actual. Aun cuando la problemática central sigue estando constituida por la preocupación por el desarrollo y el cambio, el foco del análisis centrado hasta entonces en torno a problemas, como eran las posibilidades, los obstáculos y los medios para alcanzar un desarrollo nacional autónomo, el carácter nacional-revolucionario de la burguesía industrial, el papel del Estado como promotor del crecimiento y moderador de los "conflictos sociales", el ascenso y movilidad de la clase trabajadora y la ampliación del sistema de participación política, se transfirió a problemáticas enteramente nuevas que se generaron en la dinámica reciente del proceso, o que la nueva crítica había aprehendido como relevantes. Así comienzan a difundirse y "ponerse de moda" los estudios y análisis referidos a cuestiones centrales, como las empresas transnacionales y la desnacionalización, la crisis del capitalismo dependiente, el cuestionamiento sistemático de la vida económica y política dominante y la imposibilidad de la vía capitalista en tanto que alternativa política, el fracaso de la burguesía industrial como clase nacional revolucionaria y su consiguiente subordinación a los intereses extranjeros, la conversión del Estado populista en un Estado autoritario-corporativo encargado de asegurar las condiciones necesarias para la realización del nuevo modelo de acumulación, la superexplotación del trabajo y la pauperización de la clase trabajadora, la puesta en marcha de la contrarrevolución burguesa y el desmantelamiento de las organizaciones y movimientos popular-democráticos, etcétera.

En el plano metodológico se destacó que el estructural funcionalismo, al privilegiar la concepción del equilibrio social, la parcelación arbitraria de la realidad social, el aislamiento del fenómeno de su compleja realidad social y al recurrir al arsenal de conceptos y teorías elaboradas para otras situaciones radicalmente diferentes a las de Latinoamérica, se incapacitaba para interpretar correctamente la realidad (Murga y Boils 1979: 23-24).

La más influyente —aunque no la única— de las fuentes intelectuales de este cambio de énfasis en la investigación social latinoamericana que dio lugar a la teoría de la dependencia, es sin duda el marxismo. Los supuestos dialécticos principales,

tomados casi todos de formulaciones de Fernando Henrique Cardoso, son para Murga y Boils:

Primero, la aprehensión y explicación de las estructuras y procesos sociales demanda [sic] una visión integrada que articula la dialéctica social entre el proceso productivo, las clases y el poder. (...)

Segundo, si el análisis es, por un lado, totalizador, debe ser, por otro, histórico. Las estructuras se mueven y tienen su propia historia. (...) En otras palabras, no se trata de generalizaciones amplias, sino del análisis del funcionamiento de una sociedad dada en determinadas condiciones históricas particulares, es decir, del análisis dialéctico de situaciones concretas de dependencia. (...)

Finalmente, el tercer supuesto trata de ubicar el examen de los fenómenos sociales en una perspectiva que combine los planos internos y externos en una sola dinámica social: la del sistema capitalista mundial. Se parte así de una concepción estructural de las relaciones internacionales, que postula que el análisis de un país determinado debe hacerse insertándolo en una totalidad que rebasa los límites nacionales, es decir, internacional, y del cual, justamente, forma parte. En el caso de la sociedad latinoamericana, ellas pertenecen al sistema capitalista, lo cual implica el mantenimiento de un determinado tipo de relaciones con otras sociedades que también pertenecen a ese sistema (Murga y Boils 1979: 25-26).

Entre los muchos puntos polémicos de la teoría de la dependencia, que siendo una reacción ante la de la modernización debería dar cuenta de los mismos problemas que ésta y además de los no resueltos —o planteados— de manera pertinente, es especialmente relevante uno que Elguea (1989) sintetiza así:

En el centro del programa de la dependencia se plantea una pregunta normativa: ¿cuál es el propósito del crecimiento y el desarrollo? la respuesta para los defensores de la dependencia es: lograr una distribución equitativa de los beneficios y eliminar la pobreza; aceptan que el capitalismo genera crecimiento, pero junto con éste se presenta la pobreza y la desigualdad. La cuestión es si una etapa de no dependencia simple, con su consecuente participación reciente en los productos y la plusva-

anquilosamiento dirigido en las formas básicas del saber (Pascualí 1972: 39-43).

El proyecto teórico-social así formulado expresa con claridad una tensión que habría de caracterizar, al menos desde los años sesenta, el estudio de la comunicación en América Latina en sus afanes críticos, porque el trabajo intelectual sobre la comunicación latinoamericana ha debido fincar su *desarrollo* (profesionalización, institucionalización, legitimación) en una permanente y multidimensional tensión con la *dependencia* (teórico-metodológica, político-económica, ideológica); pero también, al hacerlo críticamente, en una no menos compleja quizá más evidente tensión entre el *rigor científico* y la *pertinencia social*. A fines de los sesenta, Jorge Graciarena resumía:

La presente coyuntura histórica de América Latina y la toma de conciencia que sigue a la Revolución Cubana y a otros episodios políticos, la condición política y culturalmente dependiente de los países de la región, se convierten, para muchos, en una "verdad de hecho", que es reforzada por episodios tales como la penetración masiva y dominante de las corporaciones multinacionales. (...) Es en relación a estos desarrollos históricos como comienzan las tentativas de tecnocratización de Estado y el aparato político, de la universidad y la educación.

La época que sigue a estos desarrollos es una época militante, que les plantea a los universitarios, perentoriamente, la necesidad de un compromiso del que anteriormente se habían mantenido apartados, y muchos consideraban los problemas controvertibles como "no científicos" y pertenecientes a la arena política. Una ciencia social que prescribe un conocimiento aséptico y natural, que se legitima a sí misma y que es promovida por las instituciones académicas y gubernativas del país hegemónico en la región, no podía ser por mucho tiempo el paradigma científico de una comunidad de universitarios fuertemente sensibilizada ante los diversos y angustiosos problemas políticos, económicos y sociales de sus países en particular y de la región en su conjunto (Graciarena 1979: 105).

El *cambio de marcos* que experimenta el estudio latinoamericano de la comunicación en los setenta, cuando se debate vivamente tanto la función social y política de la investigación

como las implicaciones epistemológicas y metodológicas de los modelos científicos vigentes y emergentes, puede verse como un intento muy pertinente y productivo para adoptar o crear los acercamientos científicos más adecuados a la realidad latinoamericana, aunque también como un proceso estéril, ya que

en ocasiones, lo que ocurrió fue el simple cambio de un marco de análisis prestado, a otro, a veces un poco más útil pero en ocasiones esterilizante, como cuando se tomaba al marxismo como una *doctrina* que produciría automáticamente todas las respuestas teóricas y prácticas ante los problemas latinoamericanos. Muy pocos se dieron cuenta de que el marxismo, de hecho, era parte de todo el proceso de expansión de la *civilización occidental* <Cfr. Gramsci 1971: 416-418> (Sánchez Ruiz 1988: 18).

Los embates de la crisis y la ideología (profesional)

En este ensayo hemos recurrido a algunos analistas del desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas, cuyos aportes contextualizan los trayectos del estudio de la comunicación. Entre tales analistas, Heinz R. Sonntag, alemán establecido en Venezuela, nos proporciona un marco sobre la institucionalización de la investigación social, que consideramos muy útil y actual:

Obviamente, el proceso de institucionalización de las ciencias sociales (y en especial de la investigación) en América Latina y el Caribe ha sido complejo y difícil. Por una parte, para que ellas pudieran adquirir carta de ciudadanía en los centros académicos de la región, éstos tuvieron que deshacerse de pesadas cargas heredadas del pasado, entre ellas el decimonónico modelo napoleónico de la división entre la enseñanza y la investigación, manifiesta en la instalación simultánea de universidades (para la primera) y academias (para la segunda). Por la otra, el pensamiento social tuvo que recorrer un largo camino desde su existencia como una suerte de *hobby* para juristas y ensayistas con inquietudes sociales, hasta convertirse en preocupación sistemática acerca de la cuestión social.

Hubo algunas manifestaciones de una institucionalización relativamente temprana de las ciencias sociales, justo en aquellos

países en los que se dió un desarrollo capitalista igualmente temprano. Ello no puede sorprender, ya que es generalmente aceptada la hipótesis (...) que el desarrollo de las ciencias sociales sistemáticas, en teoría e investigación empírica, acompaña al proceso de modernización capitalista de las sociedades; es éste el que hace surgir la cuestión social. Fue entonces en Argentina, Brasil, México, Chile y, en menor medida, Uruguay, donde hubo primeros intentos de institucionalizar el pensamiento social a través de la creación de institutos y escuelas. (...)

La masiva institucionalización de las ciencias sociales en la gran mayoría de los países latinoamericanos ocurrió paralelamente con el periodo de expansión capitalista global después de la Segunda Guerra Mundial y la subsiguiente modernización de las sociedades latinoamericanas (Sonntag 1988: 60-70).

Para Sonntag, "las ciencias sociales latinoamericanas de los años cincuenta y sesenta no sólo han impregnado su desarrollo posterior", dentro del contexto de la institucionalización consolidada (aunque en algunos países del Cono Sur rota durante el periodo militar) y de la correspondiente tensión con los tres paradigmas principales: el *desarrollismo cepalino*, el *dependientismo* y el *marxismo-leninismo ortodoxo*. Para él, estas épocas pasadas "también pesan sobre las tendencias y perspectivas que se han abierto en esta nueva crisis, tan presente..." (*Ibid.*: 20). Retomamos el concepto de crisis, que Sonntag aplica tanto al sistema capitalista y a las sociedades latinoamericanas como a las propias ciencias sociales:

Las crisis son (...) periodos más o menos prolongados de transformaciones y modificaciones de un sistema societal. Tales transformaciones hacen que dicho sistema salga de este periodo (si es que sale como tal) con características diferentes a las que lo habían marcado antes, tanto en el modo estructural de su funcionamiento como en su dinámica. (...)

Referido lo anterior a la crisis del quehacer científico-social en la región (y en todas partes del mundo), es menester constatar que ella, como crisis de los paradigmas, es una de las cristalizaciones de la crisis en los otros órdenes de la vida societal. Esto es: es posible que muchos de los conceptos y categorías con los que se había venido trabajando no concuerden ya con la realidad porque ésta ha cambiado, y que los métodos con los que se ha

intentado aprehender su esencia no sirvan porque ésta, en sus nuevas formas de apariencia, se resiste a aquellos. Pero es igualmente posible que la complejidad de los fenómenos engendrados por la crisis cree confusiones, haga crecer desmesuradamente las limitaciones y siembre incertidumbres, todo lo cual podía degenerar (¿o tal vez ya ha degenerado?) en un cuestionamiento interno de los criterios del quehacer científico-social, agravado por el externo que proviene de las corrientes neoclásicas, neoliberales y neopositivas, y subsiguientemente en silenciar al pensamiento y las ciencias sociales de América Latina (*Ibid.*: 78, 141-142).

Esas ciencias sociales latinoamericanas, que han alcanzado en los últimos treinta años un grado de *desarrollo independiente* reconocido por la mayor parte de sus analistas, enfrentan una serie de retos tanto "internos" (referidos a su propia estructura) como "externos" (provenientes del entorno socio-cultural y político-económico general), entre los cuales contamos, para el caso del estudio de la comunicación, el de la institucionalización.

En otros trabajos hemos avanzado algunos planteamientos sobre este proceso, referidos específicamente a la formación universitaria y a la investigación. De ellos retomamos aquí algunos argumentos y también algunas interpretaciones que tratan de sintetizar los aportes que hemos señalado, como marco explicativo de las relaciones entre *institucionalización, profesionalización y legitimación* del campo académico de la comunicación y de sus posibilidades de rearticulación, en términos de consistencia científica y pertinencia social, en medio de un contexto económico político y socio-cultural caracterizado por los desgastes acumulados por una década de "crisis" y por las políticas neoliberales y tecnocráticas con las que se trata de remontar.

Hemos planteado, por un lado, que la estructura de la formación universitaria de comunicadores sociales está constituida en la actualidad por elementos superpuestos, casi nunca integrados de manera consistente, pero simultáneamente vigentes, de tres *modelos fundacionales* de la carrera, que remiten a tres proyectos esencialmente diferentes: el *periodístico* (habili-

tación técnica, ajuste a las demandas empresariales, incidencia política a través de la opinión pública); el *humanístico* (formación intelectual, independencia crítica, reafirmación de valores socioculturales); y el *científico-crítico* (formación en ciencias sociales, escisión teoría-práctica, polivalencia profesional). Aunque la institucionalización de la carrera se originó sobre la base del primer modelo, y éste sigue siendo el predominante en cuanto a la orientación curricular de los estudios de comunicación, para los propósitos de este trabajo nos interesa detallar un poco más la caracterización del tercero, que comenzó a establecerse en México a mediados de los setenta.

Aunque no en todos los casos, sí en la mayoría de los diseños curriculares que adoptaron este modelo se sobrecargó la enseñanza de “teoría crítica”, es decir, de nociones *elementales* de materialismo histórico, economía política y otros contenidos “marxistas” y se abandonaron prácticamente la formación y la habilitación profesional. Más allá de algunos casos notables de desarrollo de este modelo llevado a su extremo más radical en unas cuantas universidades durante una época relativamente corta, hay un conjunto de rasgos muy generalizados asociados a él. Uno es el “teoricismo” y su reacción inmediata: el “practicismo”, es decir, la oposición maniquea entre la teoría —que llegó a ser reducida a unos cuantos dogmas religiosamente consagrados— y la práctica —que a su vez se reducía a la reproducción de algunos estereotipos de los medios masivos—. La formación universitaria del estudiante de comunicación se llegó a plantear, si acaso, como una opción básica entre estas dos reducciones, obviamente irreconciliables.

Otra de las consecuencias asociadas a este modelo fue, paradójicamente, la desvinculación entre las prácticas universitarias y la *reproducción* de la comunidad de investigadores. Los productos de la investigación latinoamericana, concentrados en el imperialismo cultural, las políticas nacionales, el nuevo orden mundial de la información y la comunicación, la comunicación alternativa o hasta las nuevas tecnologías, fueron, en algunos casos, incorporados a los contenidos “teóricos” y por ende,

desvinculados de la acción profesional y del desarrollo de las más elementales competencias metodológicas.

Los avances del campo académico, tanto en *institucionalización* como en *profesionalización*, fueron entonces, en la segunda mitad de los setenta y la primera de los ochenta, en muchos sentidos revertidos, reduciendo su desarrollo al crecimiento cuantitativo, alejando la producción de conocimiento de los más elementales principios científicos que fueron sustituidos por consignas “ideológicas” (en el peor sentido, sectario y dogmático del término), y reduciendo el grado de *legitimación* incipientemente logrado en la década anterior. Desde fines de los ochenta, con el impulso de las nuevas situaciones políticas e ideológicas globales, se ha reavivado la polémica latinoamericana sobre las (re)orientaciones pertinentes para las carreras de comunicación, sin que el nuevo debate haya aportado hasta ahora nuevas tendencias generales.

La investigación, buena parte de la cual se ha desarrollado al margen de los programas curriculares, dentro y fuera de las universidades, reforzó durante esa época su escisión en dos vertientes: por un lado la investigación “comercial”, ejercida en agencias publicitarias, de mercadotecnia o de “asesoría”, en función de las necesidades del *mercado cultural y político*, por ello caracterizada por una gran solvencia metodológica y en muchas ocasiones sin ningún ingrediente del cuestionamiento ético, orientada por la eficiencia y la precisión; por otro lado, la investigación académica caracterizada, como las ciencias sociales latinoamericanas en general, por fuertes impulsos hacia la *independencia* conceptual y metodológica con respecto a las múltiples influencias (primero impuestas, luego acríticamente adoptadas) de escuelas científicas norteamericanas y europeas; al mismo tiempo, por su *compromiso* con la elucidación de la tensión constante con las condiciones económico-políticas y socio-culturales en que se desenvuelve la comunicación y se realiza la investigación misma. Hoy en día es evidente —aunque no siempre justificable— que, en la medida en que la investigación de la comunicación se define *predominantemente crítica* y no puede mostrar más que resultados discursivos (especialmen-

te los “militantes”), los apoyos infraestructurales, financieros y políticos necesarios para reafirmar su institucionalización, no pueden ser muy abundantes, especialmente en un entorno donde los recursos asignados al desarrollo educativo, académico y científico tienden a reducirse cada vez más.

Una de las *claves* que hemos encontrado para tratar de *plantear consistentemente* en su proceso y estructura primero, y luego tomar como *impulso para la consolidación y rearticulación* del campo académico de la comunicación en México, ha sido el componente “cultural”, histórica y socialmente determinado que constituye las *ideologías profesionales* de los académicos, una parte importante de las cuales está constituida por lo que Thomas S. Kuhn (1982: 321) llamó la *matriz disciplinaria* (“generalizaciones simbólicas: expresiones formales empleadas sin cuestionamiento por el grupo; modelos: analogías preferentes compartidas; y ejemplares: soluciones de problemas concretos aceptados por el grupo como paradigmáticas en el sentido usual del término”), pero también incluye un sentido compartido sobre los “por qué”, “para qué” y “cómo” del trabajo científico, así como un grado de competencia, de *profesionalidad*, suficiente para no “sustituir el funcionalismo ideológicamente conservador y metodológicamente riguroso por un radicalismo no riguroso” (Beltrán 1974: 40).

BIBLIOGRAFÍA

- BELTRÁN, Luis Ramiro (1974) “Communication Research in Latin America: the blindfolded inquiry?”. Leipzig: IAMCR/AIERI. Paper submitted to the International Scientific Conference on Mass Communication and Social Consciousness in a Changing World.
- BENÍTEZ ZENTENO, Raúl (1987) *Las ciencias sociales en México*. México: COMECOSO/CONACYT.
- y Gilberto SILVA R. (comps.) (1984) *El desarrollo de las ciencias sociales y los estudios de postgrado en México*. México: COMECOSO/UAM-X.

- ELGUEA, Javier (1989) *Las teorías del desarrollo social en América Latina. Una reconstrucción racional*. México: El Colegio de México.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1990) "El desarrollo, la organización y el uso de la comunicación social en México", en Paoli (coord.) *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México* México: CIIH UNAM/Porrúa.
- (1991) *La comunidad desapercibida. Investigación e investigadores de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO/ CONEICC.
- y Enrique E. SÁNCHEZ RUIZ (1989) *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México*. Guadalajara: Huella, núm. 17, ITESO.
- GIDDENS, Anthony y Jonathan TURNER (eds.) (1991) *La teoría social hoy*. México: Alianza/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Col. Los Noventa, núm. 51.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (1965) *La democracia en México*. México: Era.
- GRACIARENA, Jorge (1979) "Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el Estado tecnocrático: una discusión del caso latinoamericano", en Murga y Boils (coords.) *Las ciencias sociales en América Latina*. México: UNAM.
- HABERMAS, Jürgen (1989) *Teoría de la acción comunicativa*. Buenos Aires: Taurus, 2 tomos.
- KUHN, Thomas S. (1982) *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. México: FCE/CONACYT.
- LIAHUT, Dulce María (1990) "Estadísticas sobre las carreras de ciencias sociales", en Paoli (coord.) *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*. México: CIIH UNAM/Porrúa.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (1990) "Teoría/investigación/producción en la enseñanza de la comunicación", *Diálogos de la Comunicación*. Lima: FELAFACS, núm. 28.
- MARTÍN SERRANO, Manuel (1990) "La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento", *Telos*. Madrid: FUNDESCO, núm. 22, p. 65-75.
- MEYER, Lorenzo et al. (1979) *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectiva*. México: El Colegio de México.

- MURGA, Antonio y Guillermo BOILS (1979) "Sociedad y ciencia social en Latinoamérica", en Murga y Boils (coords). *Las ciencias sociales en América Latina*. México: UNAM.
- PAOLI BOLIO, Francisco José (1990) "Desarrollo de las ciencias sociales (visión introductoria)", (coord.) en Paoli *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*. México CIIH UNAM/Porrúa.
- PASQUALI, Antonio (1972) *Comunicación y cultura de masas*. Caracas: Monte Avila.
- RODRIGO ALSINA, Miquel (1989) *Los modelos de la comunicación*. Madrid: Tecnos.
- SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1988) "La investigación de la comunicación y el análisis social en Latinoamérica y en México", en Sánchez Ruiz (comp.) *La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. México: Ediciones de Comunicación/Universidad de Guadalajara.
- SHANNON, Claude E. (1948) *The mathematical theory of communication*. Urbana: University of Illinois Press.
- SONNTAG, Heinz R. (1988) *Duda/certeza/crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina*. Caracas: UNESCO/Nueva Sociedad.
- VALENTI NIGRINI, Giovanna (1990) "Tendencias de la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales en México", en Paoli (coord.) *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*. México: CIIH UNAM/Porrúa.
- WIENER, Norbert (1948) *Cybernetics: or control and communication in the animal and the machine*. Cambridge: The MIT Press.
- WOLF, Mauro (1987) *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas*. Barcelona: Paidós.